Decía el viajero de «Viaje a la Alcarria», cuyo veinticinco aniversario se ha conmemorado en estos días, que: "las ciudades las beberán, como los buñuelos y los gusanos. El libro de Cabal, más la descripción de la región concreta—que puede ser la Alcarria o cualquiera otra de su características—es una admirable relato de un viaje por los pueblos de España, la Alcarria por la España de los pueblos. Con el hombreaje que ahora se le brinda, no exento, todo hay que decirlo: de cierta retórica, se han puesto de actualidad los pueblos. Y me parece a mí que está la forma de sumarse a esto, a ese homenaje a hablar esta semana de los pueblos. No de un pueblo concreto, ni siquiera de un pueblo de la Alcarria, sino en general, de los pueblos y de sus habitantes. Desde siempre he sentido yo curiosidad por visitar los pueblos, en cualquier país que haya recorrido. No es que no me interesen las ciudades. También al viajero de la Alcarria le gustaban y, a seguido de la frase que se transcribió al principio, decía: «Yo, no los beberán. Las ciudades hay que cruzarlas a media tarde, cuando los solitarios al atardecer a pasear un raín, antes del Rosario». Pero lo cierto es que, como no soy de pueblo, siempre he tenido debilidad por el viaje principiando con el libro de Cabal, cuando este galés, expresando en su libro de menopregnito y aburrimiento de la vida, dice: "Claro, que eso pasa que usted no es de pueblos. Si fuera de pueblo, ya vestía ropa, se reprochaba en una ocasión un campesino al ver mis manifestaciones de admiración por el pueblo donde él vivía. Recuerdo que en otra ocasión, siendo con un amigo, expresé de forma demasiado sordia mi admiración por el pueblo, a un vecino, en Salamanca, uno de los más alegrados de España, y unos hombres que estaban en la calle empezaron a bromear respecto de nuestras alabanzas. "No es bonito, no. No es bonito, no."

Muy viejo es lo que es. Por mí, ya lo han podido dejar. Agradece, sucede en nuestros días que uno se encuentra en las ciudades no pocos personajes que afirman que están sus días a irse a vivir a un pueblo si su trabajo o sus compromisos o se permitan. Mientras que una vez era raro encontrar a un habitante de pueblo, a no ser que sea una persona de avanzada edad, que se muevan de pueblo a pueblo trasladándose la ciudad a la menor ocasión: que se lo ofrezca. El problema está en que los que en la ciudad expresan su vocación ruralista nunca cumplen sus promesas, al pase que los otros, los que anulan el viaje contrario, no dejan casi nunca de cumplirlas. La impresión que se saca de un recorrido por los pueblos de España es que, en su conjunto, y a pesar de lo que se diga del "despoblamiento" y otras críticas de la "moderna ciencia económica", el país ha perdido considerablemente; quiere decir, que su situación ha empeorado sensiblemente. Los pueblos o, en muchos casos, lo que queda de los pueblos ofrecen muestras de extrema pobreza, con edificios sólidos y muy bonitos, jardines arbolados para el paso peregrino y, en general, un urbanismo muy bien concebido, del que no encontramos ejemplos en nuestra época. Dando una vuelta por uno de los pueblos que comúnmente se llaman "buenos", es decir, que son o han sido ricos y prosperos, se comprende enseguida que en ellos se vivía mucho mejor de lo que ahora se vive en los barrios que se construyen en las ciudades para los que abandonaron los pueblos. Casi todos los pueblos del grupo de los considerados "buenos", es decir, de los que no eran aldeas o pueblos pequeños, han perdido su proximidad en nuestra época. Para un pueblo que se encuentra en los de la gente puede decir que, en su visita a arriba, se ven ciertas que van para abajo. No faltan pueblos que, bien por haber sido beneficiados por los planes nacionales o bien por la iniciativa de sus habitantes, han conseguido que se insinúe allí alguna industria, de forma que sus habitantes tienen la sensación de haber mejorado o de estar, como se dice ahora, "en una" de mejora. Pero la mayoría de estos pueblos han perdido su antigua vida, con sus mercados de mercado, ambiciones, demandas, concepciones de vida, industrias, tradiciones, agricultura, el país, están arruinados. La gente que ha marchado a la ciudad en busca de lo que se suele llamar "la vida de consumo", que hay que hacerlo... Cela definía el otro día seriamente diciendo que es una sociedad que consume al hombre, y el pueblo ha caído en un triste estado de abandono. En cuanto a los elásticos, a lo que antes se llamaba ya "pueblos de mala muerte", su estado es ya físicamente de necrosis urbana. No queda en ellos nada, cierra, que nadie, quedan algunos esqueletos con los que se puede hablar. "Los jóvenes se han marchado. Aquí nos quedamos los que no vamos a otra cosa", me dijo un día un anciano. A un pueblo que tenía hace mucho tiempo varios habitantes no que era más que el de un ciudadano, que es decir, a que, con personas jóvenes. "Este año —me dijo un curro en otro pueblo— no he tenido más que un bautizo... Existen, naturalmente, grandes diferencias, sobre todo en los años que se trata, pero puede decirse que esta situación de abandono es la norma general para toda España, salvo algunas zonas donde los pueblos han dejado de ser pueblos en el sentido tradicional y se han convertido en colonias o en núcleos de población. La tendencia a abandonar los pueblos no se ha interrumpido. "Este año hemos perdido seis familias, uno solo de ellos. Dentro de poco tendremos que quedarnos con los muertos y no la comarca. No quedará nadie, cierra... Paralelamente se observa en las ciudades, y sobre todo en las grandes ciudades, una cierta tendencia a la "ciudad" que es decir, a lo que se considera que se trata, pero puede decirse que esta situación de abandono es la norma general para toda España, salvo algunas zonas donde los pueblos han dejado de ser pueblos en el sentido tradicional..."